

Director: **Gustavo Mohme Llona**

Editora General: **Blanca Rosales** - Director de Arte: **José Olaya M.**

Redacción: Jr. Camaná 320- Telf. 4276455

INTERNET: E-MAIL director@larepublica.com.pe PAGINA WEB: <http://www.larepublica.com.pe>

Impresa en los Talleres de **IMPREPSA**.



NAVEGAR NO ARRIBA

Por **Rodrigo Montoya Rojas**



Para una política de fronteras que nunca existió

Uno. En 1995, durante el último enfrentamiento militar, la carretera peruana más cercana a la frontera amazónica con Ecuador estaba a doscientos kilómetros. Este dato simple y frío es suficiente para mostrar la falta de una política de fronteras. Del otro lado, los ecuatorianos sí tenían carreteras hasta la línea misma que separa a un país del otro.

Dos. Antes de 1941, desde tiempos coloniales (y más lejos, inmemoriales, con otros nombres) los grupos étnicos indígenas chuar y achuar del Ecuador y aguaruna y huambisa del Perú iban y venían como primos hermanos y nietos de pueblos hermanos, al margen de la frontera oficial impuesta en el momento de formación de los estados nacionales. Después de aquella guerra, se quebró la histórica unidad de esos pueblos. Muchos de sus jóvenes fueron reclutados como soldados en los dos ejércitos, aunque los hermanos ma-

Amazonía se reduce a un rosario de beneficios tributarios. ¿Mayor pobreza y orfandad? ¿Dónde? Para esos funcionarios del capital, los indígenas, los campesinos, los trabajadores, los ambulantes de todo tipo (maestros incluidos), simplemente, no existen.

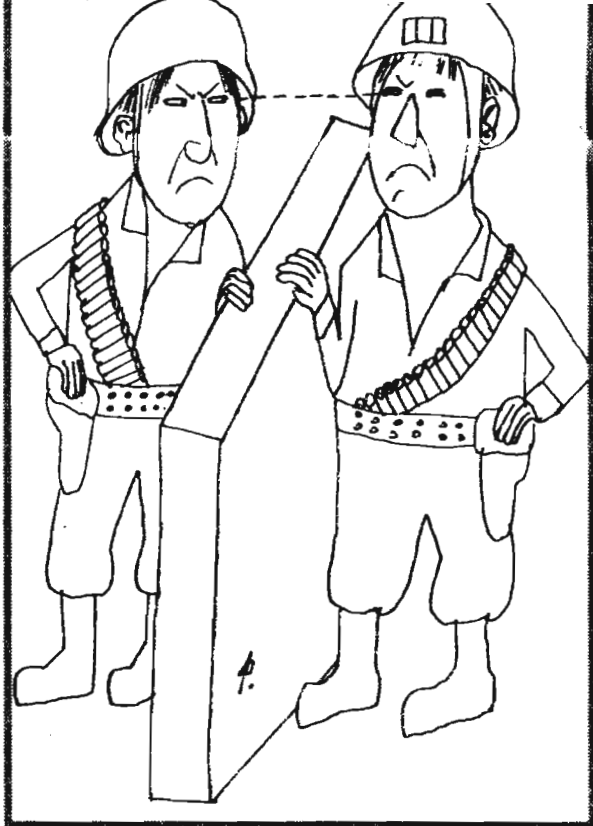
Cinco. La frontera entre Perú y Ecuador no pasa sólo por la Amazonía. No debería ser difícil recordar que supone también un complejo universo geográfico de costa y sierra. La antropóloga francesa Anne Marie Hocquenghem —en su libro **Para vencer a la muerte** (Instituto Francés de Estudios Andinos, Centro Nacional de la Investigación Científica de Francia, Lima, 1998)— acaba de ofrecernos una gran contribución para tener una visión histórica y global de lo que es el complejo y unitario mundo de la Costa, Sierra y Amazonía en el norte del Perú.

Seis. Todo con los indígenas de



yores acordaban en secreto no matarse entre sí.

Tres. Desde tiempos coloniales hasta los años cuarenta hubo un eje regional que salía del puerto de Paita, al norte del Perú, y subía hasta Loja, en los Andes ecuatorianos, pasando por Sullana, Piura, y —por otra vía— Huanabamba. Por esos caminos iban y venían arrieros, cabezas de ganado, mercancías europeas, versos, canciones, melodías, amores, apellidos. Subían los valeses y bajaban los pasillos. Eran otros tiempos, es cierto, hasta que se forjó la ilusión cartográfica de los nacionalistas ecuatorianos



que reivindicaban como suyas las tierras de Tumbes, Jaén y Maynas. Se cortaron los puentes, y el eje regional quedó ahí empolvándose de olvido. Elicer Cárdenas, escritor ecuatoriano, cuenta en su novela **Polvo y ceniza** (1978) una historia ambientada en los pueblos de ese eje regional.

Cuatro. Ahora que los tiempos de paz vuelven, felizmente, a aparecer en el horizonte, los temas **fronteras, integración y desarrollo** comienzan a figurar en primera línea. ¿De qué fronteras se habla?, ¿de qué integración?, ¿de qué desarrollo? Como no podía ser de otro modo, del lado peruano se expresan intereses diferentes que revelan las múltiples fracturas de nuestra sociedad y de nuestra historia. No hay acuerdo ni siquiera en lo que geográficamente se entiende por Amazonia. Cada quien la confunde con sus propios intereses, olvida la historia y se priva de una visión de conjunto no sólo de la Amazonia sino también del Perú. Para los tecnócratas que prepararon la última ley, aprobada a la mala hace tres semanas, el problema del desarrollo de la

la Amazonia, nada sin ellos es la propuesta que corresponde a ~~nuestro tiempo~~ si tenemos la honradez y humildad de reconocer los errores del pasado derivados de la matriz colonial en el pensamiento peruano. Si en la elaboración de una política de fronteras no se oyen las voces indígenas y no se les toma en cuenta, seguiremos con la misma ceguera colonial los últimos quinientos años.

Siete. Un parque comunal binacional, administrado por las organizaciones indígenas del Ecuador y del Perú, puede ser la solución mejor. No se trata sólo de

una simple defensa de la naturaleza para salvar a los pajaritos hermosos de la Amazonia o a las especies en extinción, sino de una defensa de los indígenas hombres y mujeres que pueblan los bosques dentro de una unidad ecológica y cultural. Ellos y ellas conocen mejor que nadie su fragilidad y su potencialidad.

Ocho. Hará falta también un indispensable juicio crítico de lo que ha sido hasta hoy la política de colonizar la selva. ¿Qué daño han producido en los bosques los extractores caucheros, madereros, petroleros y colonos? ¿Qué hacer para evitarlos?

Nueve. Definir una política de desarrollo en las fronteras supone tiempo y una convocatoria amplísima, de la que no se excluya a nadie, para aprender las lecciones de la historia y adoptar una visión global. Numerosos dirigentes indígenas pueden ofrecer su valiosa contribución del mismo modo que muchos especialistas investigadores de diversas áreas que conocen bien los Andes, la Costa y la Amazonia.